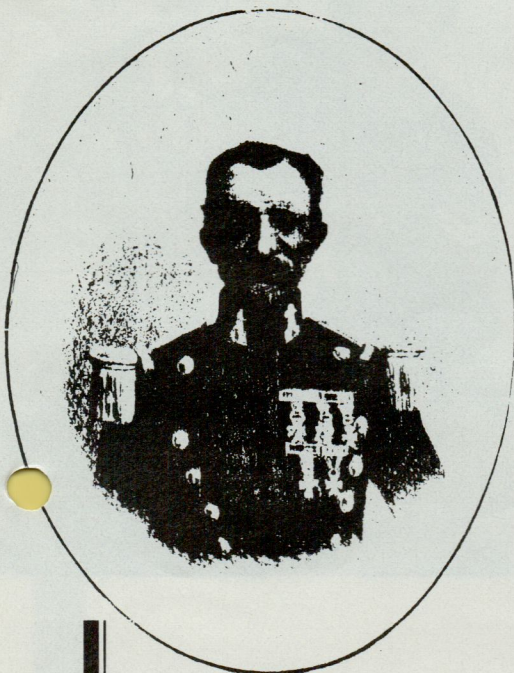


Suboficiales en la Historia



EL SARGENTO GIRAL, BILAUREADO A LOS SETENTA AÑOS

COMENZAMOS nuestra relación de soldados ilustres presentando a un desconocido y heroico personaje cuya figura, borrada ya de la memoria de las gentes por el paso de los años, bien merece un lugar de privilegio entre las glorias más brillantes de nuestro pasado nacional; se trata de Hilario Giral Laborda, brigada de Ingenieros y capitán de Infantería, dos cruces de San Fernando, veintitrés condecoraciones, dos ascensos por méritos de guerra, sesenta y un años de servicio, de ellos diez en campaña, combatiente en las guerras de la Independencia y primera Carlista y a quien se contabilizan en la hoja de servicios la participación directa en veintisiete hechos de armas de notoria resonancia militar.

Nace Giral, el sargento Giral para la historia, el 21 de octubre de 1786 en la localidad aragonesa de Barbastro, hijo de campesinos y a

su vez él jornalero desde que tuvo edad para el trabajo. A los diecisiete años queda encuadrado como soldado de reclutamiento forzoso, por el tiempo reglamentario de ocho años, en el batallón de Infantería de su pueblo natal: Ligero de Barbastro. Desde esta fecha, 6 de agosto de 1803, hasta 1864 en que pasa a la situación de retirado, la vida de Giral constituye una fantástica relación de sucesos históricos capaz de oscurecer a la más ingeniosa novela de aventuras.

Los avatares del siglo XIX afectan a Giral de manera muy directa; desde su ingreso en el Ejército podría decirse que lleva por sombra el riesgo, y a la muerte por macuto. Fatigosas jornadas de marcha le sitúan en las fragosidades de Sierra Morena, donde ha de permanecer un año en persecución de bandoleros. Seguidamente y siempre encuadrado en una compañía expedicionaria de su batallón, acude a formar el cordón sanitario establecido en torno a las ciudades de Málaga y Antequera, assoladas ambas por una epidemia de peste. Interviene, asimismo, en los preparativos de la batalla de Trafalgar y durante tres años en el sitio a la plaza de Gibraltar.

La Guerra de la Independencia le sorprende en Portugal, concretamente en la ciudad de Oporto, como integrante de las tropas de ocupación hispanofrancesas. El levantamiento nacional de 1808 reviste caracteres extraordinarios para los españoles destacados en tierra lusitana y Giral los vive plenamente con toda su trágica grandeza. Toma parte en la liberación de Lugo, acción por la que obtiene los galones de sargento 2.^a de Infantería, año 1809.

La intervención del sargento de Barbastro en la contienda terminó con la capitulación de Olivenza, triste revés para las armas españolas acaecido en 1811. A partir de ese momento, Giral es conducido en una cuerda de prisioneros con destino a Francia; el cautiverio es breve y a finales de aquel año, el veterano recibe su licencia en la ciudad de Cádiz. Las batallas de Rioseco, Tamames, Alba de Tormes, Bilbao y otras de singular relieve, cuentan entre sus protagonistas con la figura destacada de Hilario Giral.

En la misma fecha de su pase a la situación de licenciado por extinción del tiempo reglamentario, Giral sienta plaza como soldado voluntario en el Regimiento de Zapadores, con sede provisional en la isla del León. Con esta unidad acaba la Guerra de la Independencia y portando el castillo por emblema, obtiene los empleos de cabo, cabo 1.^o y sargento 2.^o, trasladándose a la nueva residencia del regimiento, plaza de Alcalá de Henares, en 1814.

Superadas una serie de vicisitudes de carácter político, todas ellas marcadas por el signo de las depuraciones fernandinas de los años veinte, y consiguientes levantamientos militares de matiz liberal y absolutista en alternativa sucesión, estalla la Guerra Civil entre carlistas e isabelinos, y en 1834, el sargento Giral Laborda, con los zapadores de Guadalajara recorre los escenarios bélicos más destacados

del norte de la Península. Interviene sin interrupción en combates, fortificación y destrucciones. Mendigorria, Puente la Reina, Zumiani, Urtiaga, Zubiri, Maeztu y muchos nombres más de trágico recuerdo, rellenan en apretada relación la hoja de servicios del sargento aragonés.

En 1838, durante el sitio por los carlistas a la pequeña localidad burgalesa de Bernedo, Giral se hace acreedor a la Cruz de San Fernando. La narración de los hechos que dieron lugar a la concesión de tan preciada recompensa rebasaría los límites de esta síntesis biográfica por más que se intentara resumir, hasta decir que él y un reducido grupo de soldados, resistieron heroicamente durante varios días las furiosas acometidas de un enemigo enormemente superior en personal y armamento, haciendo varias salidas a la bayoneta para evitar la destrucción del ligero parapeto que les protegía.

Finalizado aquél septenio de horrores, Giral, enfermo y envejecido por ininterrumpida vida de campaña, regresa con su regimiento a la capital alcarreña. Ahora es ya un achacoso cincuentón que abraza a una mujer igualmente ajada por el paso de los años y a un adolescente que dejara niño en el lejano día de su salida hacia los frentes del norte.

El veterano sargento alcanza sucesivamente las distinciones de teniente y capitán graduado de Infantería, situación militar hoy desconocida y semejante al equiparamiento o asimilación, y con carácter efectivo el empleo de brigada en 1844, este último el que desempeñará el resto de su vida militar hasta la fecha de retiro. Pero no acaba en la secretaría de compañía la actividad de Giral, aún le aguardan sucesos y experiencias, que por sí mismos bastarían para llenar de gloria la baja de servicios del militar más ambicioso.

La turbulenta década del 44 al 54 reserva buena parte de su pro-



Sargento de las tropas montadas de Ingenieros, con uniforme de campaña, en 1878.

tagonismo histórico a los ejércitos del centro, así en 1848, Giral recibe la misión de trasladarse a Madrid para desempeñar funciones de orden público durante los levantamientos liberales de la capital. Su destacada actuación le vale la hermosa gracia de S. M. de ser nombrado Caballero de la Orden de Isabel la Católica, y seis años más tarde, en lo más álgido de la revolución del 54, toma parte con fuerzas de su regimiento en la defensa del Ministerio de la Gobernación, asaltado por las masas populares en vísperas de la «Vicalvarada», obteniendo como recompensa a su valor la confirmación con carácter efectivo, semejante al ascenso por méritos de guerra, del empleo de capitán de Infantería.

Finalmente y como broche de oro a tan dilatada carrera militar, Giral, ¡a los setenta años de edad!, se ve por tercera vez frente a un pueblo amotinado que toma la calle por campo de batalla. Cumpliendo fielmente con sus deberes de soldado, el anciano brigada, al mando de una sección de ingenieros, realiza proezas de valor batiéndose sin

posibilidades de supervivencia en una céntrica plaza de Madrid. La noticia de su heroico comportamiento dio lugar a un expediente de recompensa que demostró suficientes merecimientos para la concesión de una segunda Cruz de San Fernando.

En 1864, Hilario Giral Laborda pasaba a la situación de retirado y un año más tarde, el viejo soldado burlador de la muerte en tantas ocasiones, entregaba su alma a Dios en un hospital de la capital de España. Era el 13 de febrero de 1865, y a propósito de su entierro, el Memorial de Ingenieros de 1909 decía lo siguiente: «... Madrid pudo presenciar el cortejo fúnebre que fue acompañando a pie su cadáver al camposanto, compuesta por todos los jefes y oficiales del cuerpo, tanto en activo como retirados, Caballeros Grandes Cruces, Gentiles Hombres de S. M. profesores de SAR, oficiales del Ejército, guardias alabarderos y todos los individuos de tropa de las diferentes secciones del Arma, así como las músicas de los dos regimientos...».